

III. +

INSTALACION

DE LA

Sociedad Católico-Literaria

EN EL

Oratorio de San Felipe Neri

de la

Capital Sucre.



CHOUISACA

IMPRENTA DE SUCRE

—

1851.

06 (84)

ARCHIVO Y
BIBLIOTECA
NACIONALES
DE BOLIVIA



INSTALACION

DE LA SOCIEDAD

CATOLICO-LITERARIA.



El ocho del corriente á horas once del dia se reunieron los socios en el Oratorio de San Felipe Neri, con asistencia del Sr. Prefecto del departamento, S. S. Illma. el Arzobispo electo, el R. P. Prepósito, los Señores Cónsul y Vicecónsul Peruanos, varios Señores Ministros de la Corte Suprema de Justicia, el cuerpo Académico de practicantes juristas, el colejo ceminario presidido por su Rector, y muchas personas notables de esta capital. El Dr. Jaime Zamorano, Presidente de la Sociedad espuso brevemente el objeto de la reunion, y el socio Feliciano Herboso leyó el prospecto, reducido á determinar el estudio de los principios filosóficos de la religion Católica, Apostólica, Romana,

como objeto fundamental, y como accesorio la adquisicion de todos los demas conocimientos literarios. Leyóse tambien el informe del R. P. Prepósito, relativo á manifestar que no habia dificultad alguna, para que la Sociedad se reuniera en una de las habitaciones del Oratorio, el auto del Illmo. Arzobispo que concede á los Socios la licencia que pidieron para reunirse en dicha casa, y el del Señor Prefecto, que la autoriza. En seguida el Socio Mariano Baptista pronunció el discurso que sigue—

Señores:

Vuestra numerosa concurrencia, el digno objeto que os ha conducido á este lugar, el honor de la sociedad Católico-literaria, enteramente librado en este acto al que sin merecerlo os dirige la palabra; todo se reúne para desalentar mi espíritu y apagar la débil chispa de entusiasmo que hasta el presente me animaba. Recordaros algunos de los beneficios primordiales dispensados por el Catolicismo al individuo y á la sociedad; haceros notar el entrañable odio, que á pesar de estos beneficios se le ha profesado, sin que por eso haya carecido de en-

tusiastas adoradores; deducir de este hecho complejo una verdad consoladora en favor de la religion, para aplicarla especialmente á mi respetada sociedad,—tal es mi fin principal. ¡Cuanto y cuan fundamentalmente temo no alcanzarlo, y que la verdad padezca por la debilidad de su defensor! Él no se habria atrevido á hablaros sin la órden expresa de sus caros amigos; pero como ella es sagrada para su corazon, no puede menos de obedecerla.

Cuando contemplo que en lo antiguo el hombre era propiedad del hombre; que la esclavitud estaba normalizada y protegida por leyes opresoras y absurdas; la infancia oprimida por una sociedad cruel; la mujer hollada con la mayor ignominia; por donde quiera cimentada la disolucion mas repugnante, y acompañada á la vez de costumbres altamente crueles; cuando recuerdo esa política de crímenes, esas opiniones insensatas, esas legislaciones corruptoras de los pueblos paganos y especialmente de esos decantados Griegos, hábiles imitadores de la naturaleza física, pero que tan infames eran bajo el aspecto moral; cuando todo esto considero, no puedo persuadirme de que semejante estado contuviese los principios de una verdadera civilizacion; no

puedo persuadirme á que hayan habido hombres que por odio al catolicismo decantasen tan exageradamente la civilizacion del mundo pagano, puesto que no podian negar que los grandiosos caracteres de la del moderno, eran debidos ya exclusiva, ó ya principalmente á la influencia de esa institucion divina, que al enseñarnos las máximas de la eternidad, no deja de derramar bienes inmensos aun bajo el aspecto temporal.

Basta la abolicion de la esclavitud para que el catolicismo se atraiga las bendiciones y el amor de los hombres virtuosos é ilustrados: él arrancó de la frente humana esa señal de ignominia, y abrió á la sociedad moderna el camino del progreso, para que adelantara con pasos gigantescos. A su poderosa energía, á su constante esfuerzo, á su contraccion asidua, debemos el no ser vendidos como brutos, el que nuestro cuerpo y espíritu no sean valuados en dinero, y el que la voluntad omnipotente de un Señor, apoyada en sanguinarias leyes, no pudiera asesinarlos impunemente. Recorred los concilios celebrados en los mas calamitosos tiempos, las sabias medidas dictadas por los poderes católicos, y el infatigable zelo con que eran cumplidas: son hechos es-

tos tan claros como la luz del medio día y á ellos me remito.

¿Pero bastaba esta abolición? ¿Con sola ella podia ya el hombre llamarse verdaderamente tal? ¿Que es lo que enseñó y enseña la religion para complementarla, y hacer que el hombre sea considerado y respetado sin otra condicion, que la de ser hombre? Escuchadla, Señores. Dios hizo al hombre á su imájen y semejanza, hizolo para sí y al universo para el hombre—*Creced y multiplicaos*, le dijo, *y entrad sobre la tierra y pobladla* (1). He ahí el título de su poder, lo mismo que de su dignidad; y si por un exagerado orgullo los perdió en gran parte, todavia es el rey de la creación aunque destronado, todavia en su semblante eclipsado se ven las señales de su pasada grandeza: su mirada es enérgica aun, su frente noble y elevada: todavia su espíritu es un destello de la divinidad, y se debate, se agita, se lanza en los espacios infinitos, presintiendo su inmenso destino. Añadamos á esta enseñanza continua y sublime del catolicismo, el poder de la conciencia robustecido por él solo. La conciencia de un cristiano es un poder superior á to-

(1) *Gen. cap. 9. v. 7.*

do otro poder, una fuerza mas enérgica que ninguna fuerza creada; ella resiste y vence el cetro ferreo de todas las tiranías del mundo: en vano ruje la tempestad de las persecuciones, en vano se desencadena el rayo de las venganzas humanas, en vano se trastornaria el universo entero, el alma cristiana apoyada en Dios y en su conciencia permanecerá firme como la roca, invulnerable como el genio. Y no es esté un sentimiento nacido de un entusiasmo pasagero. No, testigos los hechos; es un sentimiento que ha acompañado á millares de héroes en la soledad, en los desiertos, en los calabozos y hasta en los mismos tormentos; y esto no solo por horas, sino por dias, por meses, por años; y no á pocos individuos y en determinados tiempos, sino en todos y á numerosos atletas. Sin distincion de épocas ni de zonas se han proclamado los mismos principios; porque cualquiera que sea el pais en que habite el hombre, no deja de ser hombre, y su dignidad es siempre la misma, si quiere conservarla inmaculada. A fin de sostenerla tambien, es que el catolicismo apoya tan esforzadamente la libertad de albedrío, que en vano pretendieran destruir sofistas insensatos. Único el hombre entre los seres creados “está

en manos de su propio consejo". Dios mismo no puede destruir esta libertad, porque es su propia obra; le exhorta, le socorre, le auxilia; pero aqui se detiene, y el hombre es quien pronuncia siempre *te serviré; no te serviré*. Solo con esta doctrina tiene el castigo temporal y eterno un sentido racional á la par que terrible: con sola ella comprendemos la ira justiciera de Dios, pesando con su omnipotente poderío sobre la frente soberbia de la criatura rebelde: con sola ella la *ley* tiene un sentido sublime, y el hombre virtuoso una esperanza cierta de ceñir su frente con un laurel de inmarcesible gloria. Asentado el libre albedrío manifiéstase grandiosa y radiante la idea del deber. ¡Cuan digno del hombre es entónces sujetarse á sus prescripciones! ¡Que aspecto tan imponente nos ofrece la lucha que tiene de sostener con su propio corazon, harpa soberbia que para adormecer su mente despedirá los sonemas variados desde el mas espantoso hasta el mas dulce, desde el mas amenazante y terrible hasta el mas delicado y sensual. Entonará canciones de muelle voluptuosidad y de ambicion deslumbradora: no cesará de vibrar hasta en los mas áridos desiertos, en las mas espantosas so-

ledades; despedirá un son desesperado en los mismos umbrales del sepulcro.....¿Creéis que el hombre sucumba ante una lucha tan encarnizada? ¡No! La idea del deber es omnipotente, su influjo superior á los poderes de la tierra y del infierno, y á la corrupcion de su propia naturaleza: el alma vivificada se mantendrá impertérrita en medio de todas las borrascas: la *ley* se le ha revelado y cumple con la ley para entonar la cancion del triunfo al pie de la tumba é ir á continuarlas en la eternidad. Ved ahí, Señores, el hombre católico. El es todavia el ser digno por exelencia, inmensamente superior al orgulloso estoico, al epicureo disoluto, á los filósofos del goce y aun de lá privacion, númenes de la sociedad pagana.

¿Qué mas ha hecho el catolicismo en favor de la dignidad humana? Ha ensalzado una virtud, que al decir de Lacordaire es el pan cotidiano de su demostracion, una virtud que jeneralmente parecia impracticable á los paganos y muy difícil á los mismos hebreos: una virtud que en las sociedades antiguas no despedia sino pálidos reflejos, cual si estuviese moribunda, y que siempre era un esfuerzo excepcional y extraordinario. Hablo,

Señores, de la virginidad, que ha grabado un sello augusto en la frente de millares de personas de ambos sexos, dándoles una prerrogativa mas propia del cielo que de la tierra. Angeles en carne mortal se ha denominado á los que la practicaban, y toda esta elevacion se requería para triunfar de esas instituciones y costumbres viejas, que habian convertido á la sociedad en una grande orjía y á los hombres en simios voluptuosos. En vano la pasion cubierta de mil velos hipócritas, quisiera deprimir el noble estado de que hablo. No hay un pecho generoso, no hay una mente elevada, no hay una imaginacion poética que no le admiren y ensalzen, porque es el tipo de la perfeccion, el mas hermoso de los sacrificios, y el bello ideal de la grande poesia. Si la religion católica prestaba tanta atencion á la virginidad, era imposible que dejase de purificar el matrimonio y de santificarle por todos los medios posibles: asi lo exigía la dignidad de la mujer tan indignamente hollada; de la mujer convertida en mero pábulo de un brutal apetito; de la mujer que cubierta de ignominia y marchita su frente con la degradacion, era, no la compañera, sino la esclava del hombre pagano. Recordó el ca-

tolicismo el respeto que merece el sexo débil, y esta grande porcion del linaje humano, le debió el haber salido del lodazal en que estuviera sumida. ¡Ah! ¿Qué fuera de la sociedad sin el catolicismo? Volved la vista hácia los secuaces de Mahoma, ó hácia los abyectos idólatras, y entonces sabreis lo que sería. Serrallos y eunucos poblarian nuestras ciudades: la poligamia se nos presentaria en todas partes con su deforme aspecto: la juventud aun se sacrificaría ante las aras de una deidad escandalosa: entonaríamos canciones báquicas y andariamos beodos con el vino de la prostitucion. ¿Qué sería de la sociedad sin el catolicismo? Todavía los esclavos esperarían pavorosos las órdenes del amo, y temblarian á la vista del látigo, su único principio de accion: todavía un solo acto de virtud espantaria nuestros corazones avezados entonces al vicio: reiríamos al ver degollar á nuestros semejantes, y pediríamos como el pueblo rey nada mas “que oro y espectáculos”.

Desórdenes graves turban el seno de las sociedades cristianas. ¿Y para qué negarlo, cuando este es un resultado de las doctrinas inmorales propaladas á voz en grito, y de la debilidad de los hombres, que no tienen la resolucion neces-

ria para sujetarse á la pureza de la ley católica? Pero tambien es cierto que no son comparables la corrupcion y el descaro del paganismo á la decencia y general circunspeccion de los pueblos católicos. La disolucion no tiene templos, ni sacerdotes, ni culto público: si las costumbres se corrompen, al menos la *ley* no apoya ni fomenta esa corrupcion. Si hay divorcios escandalosos, si hay prostitucion, si hay amores infames, tampoco se encuentra sancion legal para estos exesos; y he aqui la razon de que los crímenes sean tan notables en la sociedad católica, esencialmente virtuosa; y de que las virtudes sean tan sorprendentes en la sociedad pagana, esencialmente viciosa; y sin embargo aquella debiera ser mas corrompida que esta. La disolucion con que Roma estaba gangrenada se habia inoculado en las venas del mundo que le estaba sometido; y precisamente en esta fatal situacion sobrevino la inundacion de los hijos de las selvas, cuya barbarie unida al vicio hubiera sin duda ahogado una civilizacion decrépita y espirante. ¿Pero de quien partió el influjo májico que le volvió nueva vida? El dedo de la verdadera historia nos señala al catolicismo. Por mas que el *derecho* se hallase in-

dignamente conculcado por el *hecho*; por mas que la pasion sola campease, él no cesó de proclamar muy alto el derecho y el deber; su voz fué desoida en aquellos tiempos de conflagracion universal, pero tan solo para que su triunfo fuese mas brillante como habia sido costoso.

Aparte de esta conciencia esclarecida de las sociedades cristianas, nótese como uno de sus mas bellos rasgos; una mayor suavidad de costumbres, resultando de esto que los intereses se asimilen; que el pobre se atraiga mayores simpatias; que todos vuelvan sus miradas hácia el numeroso pueblo: hermosa disposicion de los corazones, debida en gran parte á esa virtud de la *caridad* tan menospreciada por los ignorantes presumidos de sabios. En los pueblos antiguos, sin exceptuar los mas célebres, habian fuertes obstáculos para que las costumbres se suavizáran. ¡No! no podia haber suavidad allí, donde los esclavos podian perder su vida para satisfacer un brutal capricho de sus señores: no podia haber suavidad allí, donde el padre tenia la terrible facultad de matar á sus propios hijos: no podia haber suavidad allí, donde un pueblo coronado palmeaba alegre á cada víctima que caía.

¡Hosanna al catolicismo que tantos bienes ha derramado en el seno del individuo y de la sociedad! Señores, Hosanna, gloria como los ángeles clamaban en el nacimiento del regenerador de la especie humana!:::Pero ¡ah! “maldicion y anatema” sale del fondo de las generaciones pasadas y aun de la presente: voces fatídicas lanzadas, sino por la mayoría de los hombres, por una fraccion al menos que jamas se extingue. “Maldicion y anatema” murmuró el coloso romano y veloz como un rayo arrancó la espada, esa espada cuyos reflejos estremecieran todo un mundo, para embotarla en la sangre de inocentes niños, de doncellas desvalidas, sin mas falta para con sus enemigos, que el heroismo de sostener su religion y de someterse á esa generosa máxima que los Apóstoles pronunciaron ante Caifas: *Conviene obedecer á Dios antes que á los hombres.* Representante del paganismo reluchó el coloso hasta el último instante; la paciencia y la humildad le vencieron. ¡Maldicion y anatema! clamaron los herejes ingratos á la iglesia que les diera el ser. Escribieron, y emplearon argucias multiplicadas para arrumbar la religion; pero ellas produjeron el mismo efecto, que produ-

cen las piedras lanzadas contra una montaña; se opuso la ciencia al cúmulo de sofismas, y pensamientos elevados á opiniones insensatas. ¡Maldicion y anatema! gritó cierta filosofía que se tituló moderna, nombre de corrupcion y de ignominia, porque en lo moral lo que no es tan antiguo como el hombre, es un error.... Pero, Señores, ¿para qué detenerme mas? Harto conoceis que al catolicismo nunca pueden faltar enemigos. Se le aborrece, se le detesta y con el odio más profundo, mas entrañable, mas imperecedero; con un aborrecimiento tan sistemado, que condena á los que le abrigan á vigiliias continuadas, á estudios áridos, á especulaciones numerosas. El sarcasmo, la amenaza, la sátira, la maldicion, el desprecio, la cólera, todo se emplea contra él, absolutamente todo. Al paganismo se le dispensan todas sus locuras y estravagancias; á las sectas disidentes todos sus errores é intolerancia. Poco importa, que ellas prostituyan la civilizacion, tuerzan su curso, y conmuevan la sociedad hasta en sus quicios; poco importa que ensalzen la disolucion y que las naciones sean la presa de su furor fanático: poco importa la cimitarra de Mahoma, la torpe intolerancia de un Lutero, la guillotina de Robespier-

re. Todo esto se disimula y aun se llama noble esfuerzo en favor de la libertad, elevacion de genio; y la espresion mas deforme del ateismo práctico, la revolucion francesa del 93, es todavia mirada en nuestros dias como el jérmen de los progresos sociales. Solo el catolicismo, y solo él entre todas las instituciones del mundo provoca un odio tan entrañable: fenómeno extraordinario, Señores, y que basta para probar que el catolicismo tiene algo de que carecen las demas instituciones. Todo lo que es de un mérito eminente, provoca siempre el amor ó el odio mas estremados; las medianías pasan ante nuestros ojos, cual si no ecsistiesen. Pero si el catolicismo es estremadamente aborrecido, tambien es entrañablemente amado. Todo se sacrifica ante sus aras: amigos, hermanos, padres, hijos, todo lo posponen y dejan por él los cristianos—y vedlos allí atravesando mares, recorriendo desiertos, arrojándose entre las tribus salvajes, sin mas objeto que despertar en sus almas el sentimiento de la inmortalidad, sin mas fin que mostrarles á Dios y la ley que de su seno desciende—y vedlos allí tranquilos en la prision, alegres en el patíbulo y lanzando el último aliento con la palabra *perdona*—y vedlos

allí poblar los hospitales para socorrer la humanidad doliente, asistir al lecho de los moribundos, clamando con voz esforzada ¡gloria!—y vedlos allí resistiendo al mundo con toda su ambicion, con todos sus honores, á su propio corazon con todos sus sollozos, apartando la copa de los placeres, y despreciando la cuchilla de las persecuciones: y vedlos allí superiores al tiempo, á las circunstancias, á los errores, á las preocupaciones, al odio, á la adulacion, lo repito por última vez, superiores á todo. ¿De donde resulta este admirable complejo? ¿porqué el mismo fundador divino del cristianismo, decia que no habia traído la paz sino la guerra? Siglos hace que el primer filósofo de los cristianos, San Pablo, habia descifrado el enigma.—El se quejaba de esta ley de la carne tan opuesta á la ley del espiritu, y vedlo resuelto. Es una verdad de esperiencia, que nuestro corazon es presa de dos poderes diametralmente opuestos; que en cada uno de nosotros hay dos hombres, por decirlo así, el uno abyecto con la frente sumida en el polvo, no la levanta sino de vez en cuando, para blasfemar de la ley; el otro noble y erguido fija su mirada en el cielo y lanzándose con el pensamiento fuera de

este “mundo de imágenes” que pasan, acata la ley, y bendice á su autor: el uno aborrece extraordinariamente la verdad, por eso cuando de una vez la abandona, prorrumpe en maldiciones; el otro la ama entrañablemente, por eso cuando se rinde á su influjo benéfico, no puede menos que ser un héroe. Este mismo hecho se verifica en la sociedad, y es necesario que se verifique; porque sin esto el catolicismo no sería la verdad. En el estado actual de la naturaleza humana, ó debe ser estremadamente amado ó estremadamente aborrecido; si solo se le aborreciera, los hombres serian demonios; si solo se le amara, los hombres serian ángeles; si no le tributasen amor ni odio, nada tendria de positivo, sería una negacion completa. La tierra no es el cielo ni el infierno; solo en aquel existe el amor completo, y solo en este el odio absoluto. La pretencion de esta armonia es quimérica y absurda; y jamas la habrá, porque el uno es el bien sin mezcla del mal, y el otro el mal sin mezcla del bien: jamas la habrá, porque el uno clama: *¡Hombre, eres imagen de la Divinidad!* y el otro dice á su vez—*¡Hombre, eres una materia organizada; entre tí y la ostra no hay una diferencia esencial!*—jamás la habrá, porque el uno

sostiene la dignidad de la mujer, “uno con una y para siempre!”; el otro la anota con la poligamia ó el divorcio, que es el adulterio legal—jamás la habrá, porque el uno viendo en Dios la primera causa, establece en él la soberanía; y el otro fija en el mismo hombre el poder que debe dominar al hombre, pretendiendo insensato que el dique nazca del torrente—jamás la habrá, porque el uno dice esforzadamente:” La ley es la voluntad de Dios, eterna como él; y el otro proclama, que la ley es la espresion de la voluntad humana, falible como ella—jamás la habrá, porque la sociedad es para el uno el pensamiento de Dios, realizado en tiempo; y para el otro una mera convencion, que el capricho humano puede destruir—jamás la habrá, porque el uno constituye la civilizacion grande y estable, la verdadera libertad; y el otro establece el oro y los placeres, el epicureismo mas degradante como el fin del progreso humano, y para él la libertad es el libertinaje. Pero aun otra vez, Señores. El que le ataca como el que le defiende, el que le ama como el que le aborrece, los unos voluntariamente, los otros á pesar suyo; todos propenden á un mismo fin, probar la dignidad del catolicismo, manifestar su verdad.

Y dirijiéndome especialmente á vosotros, hermanos míos de la sociedad Católico-literaria, ¿no debe servirnos del mas grato consuelo, no debe ecsitar todo nuestro agradecimiento á la divina Providencia, el que hubiese inspirado nuestros corazones, para que nos colocáramos con especialidad en la línea de los que comprueban con su adhesion y amor la verdad de su santa obra? ¿Qué otra cosa me manifiesta el noble empeño de instalar una sociedad Católico—literaria, nombre que indica todo su objeto? ¿Se la considerará acaso inútil, porque felizmente para Bolivia la religion del Crucificado no es el signo del combate y de la contradiccion? ¿Pero como podrá ser inútil consagrar las tareas, los estudios, la ciencia toda que pueda adquirirse al mayor brillo de la verdad.? ¿Y qué sabemos nosotros, si esa inmensa multitud de obras, de las cuales la menos mala contiene apenas su moral de “ópera”, producirá tal vez en lo futuro los mas desastrosos resultados? ¿No son ellas imprudentemente manejadas por los que creen neciamente singularizarse? ¿Qué sabemos, si esa ignorancia en materias religiosas, menos consultadas por cierto que las novelas francesas, no abrirá un ancho campo á las sujestiones de cua-

lesquiera espíritus audaces? Es cierto que ya pasó el tiempo vergonzoso, en que la palabra *impio* era sinónima de la de sabio; pero á su vez pudiera sustituirse la de despreocupado, que muy poca diferencia tiene de aquella; y se aprendería á criticar la religion y su culto, sin saber lo que es la una ni el otro, y sin mas trabajo para hablar de estas materias, que el de referir lo que se leyó en los libros del error; sistema que ayuda grandemente á la pereza, y sirve para fomentar á poca costa la vanidad y el orgullo. Pero aun cuando no ecsistieran estos motivos, sería justo vuestro deseo, santa vuestra intencion; porque el deseo de ilustraros y la intencion de emplear vuestros conocimientos en lo que hay de mas digno sobre la tierra, bastan para aseguraros de la sensatez de vuestra obra.

Señores, ya que he llegado á este punto permitidme, que yo, jóven sin antecedentes, sin mas ciencia que el deseo de adquirirla, sin mas mérito que la honda conviccion que vuestra misma religiosidad me ha inspirado, permitidme que yo enteramente sujeto á vuestras desiciones como nacidas de la voluntad de mis mas caros amigos, cumpla con una de ellas, al de manifestaros brevemente los medios que

debeis emplear en la prosecucion de vuestro objeto.

Ciencia, Señores, ciencia: he aquí uno de los requisitos mas indispensables. Ciencia para no convertiros en eco de oráculos mentidos, y para no caer en el insensato prurito de consideraros “espíritus fuertes”, porque sepais producir opiniones estravagantes: ciencia para no hablar de la Historia sin haberla meditado, de la Filosofía sin haber tenido la paciencia de estudiarla, del progreso sin entender el sentido de esta palabra, de la civilizacion sin haberos jamas dado cuenta de lo que ella significa. ¿Y qué ciencia? La mas vasta, la mas profunda; porque el catolicismo es un árbol inmenso, cuyas ramas se estienden hasta las mas apartadas rejiones: en él se reunen como en su foco todos los rayos de luz, que despiden todos los conocimientos humanos: en él la Filosofía tiene un ancho campo donde espaciarse, y quizá por haber entrevisto uno de sus principales dogmas, derramó Platon luz abundante en sus teorías filosóficas: con razon esclama Fontenelle, que “no hay otra filosofia que la religion cristiana”, y Lamartine llama al catecismo “código vulgar de la mas alta filosofia.” ¿Cuántas verdades metafísicas

conoce el niño en las primeras páginas del Astete y que el ilustre Bálmes apenas llega á descubrir por el método razonado en las mas abstrusas cuestiones! Necesitais de la Historia; porque sin ella ¿cómo podriais apreciar debidamente los beneficios de la religion, y admirar su constante esfuerzo en pro de la humanidad? Sin la eclesiástica ¿cómo saber lo que se debe á los Jefes de nuestra iglesia, á los multiplicados concilios, á las medidas sabias de esos poderes religiosos, tan villanamente despreciados por los que no se han tomado el trabajo de examinar concienzudamente sus tareas?—Las ciencias políticas, siempre que no sean un tejido de vanas fantasias, no podrán menos de conducirnos á hermosas investigaciones de las leyes fundamentales de la sociedad religiosa y política á la vez; pues que ámbas son la obra de Dios, que creando á los hombres, ha creado tambien sus relaciones mútuas, y las que con él mismo deben tener.—Descubriéndoos la sublime armonia del mundo intelectual y fisico, os conducirán las ciencias exactas y naturales hasta la contemplacion de aquel, que es llamado el “Gran Geómetra.”—Estudia la Literatura, á fin de que vuestros corazones puedan sentir, cual con-

viene, la influencia de los pensamientos divinos, expresados también en lenguaje divino, de ese libro verdaderamente tal, de esa “Escritura” que más que ninguna merece este nombre. ¿Pero con que ramo de los conocimientos humanos no está relacionado el catolicismo? La fe por él enseñada y la razón humana parten de un mismo origen; imposible es su contradicción; la diferencia que entre ambas pueda haber es la establecida por Lacordaire cuando clama: “La razón es el harpa Eolia, cuyos sones son arrancados por el impulso de las borrascas; y la fe es el harpa Jónia, pulsada por las manos de un diestro artista; pero ambas entonan el mismo himno de inmortalidad. La fe ignorante es la que no escucha los sones de la razón; la razón orgullosa es la que no escucha los sones de la fe.

Pero si no tuvierais más que ciencia, si vuestra mente fuera católica y vuestro corazón pagano, si vuestra lógica fuese recta y vuestra moral torcida; no hariais sino añadir una anomalía más á las muchas que degradan nuestra naturaleza. Probad la verdad católica con vuestros discursos, pero probadla también con vuestra conducta: esa es su demostración práctica.

Aunque tal vez considereis como ajeno

de estas circunstancias, no puedo prescindir de aconsejaros, que huyais particularmente de esa pasion abyecta, que imprime en el semblante la señal de la ignominia; que mata el corazon sustituyendo la emocion de la sangre á la del espíritu; que destruye la juventud, y cubre los ojos con el velo de la estupidez.

Os recordaré tambien esa virtud que os manda la constante atencion á vuestros propios actos, la desconfianza de vosotros mismos, el conocimiento de vuestras propias fuerzas sin ecsagerar su alcance: y tened entendido que no solo es virtud, sino tambien un principio lójico, seguro garante de resultados los mas satisfactorios.

Señores socios, aun otra súplica mas: sed ambiciosos y con una ambicion grande cual el océano, una ambicion imperecedera de esparcir la verdad y hacer bien á vuestros semejantes; una ambicion de fuego, porque la caridad es fuego que no cabe en el estrecho recinto del corazon: dejadla que se difunda, porque no es católico quien no la tiene. Amad especialmente á vuestra Patria. ¡Oh señores! que este nombre conmueva siempre vuestros corazones; que ellos giman, cuando ella padezca; que ellos se gozen, cuando sea dichosa. Señores, volved la vista á Jesucris-

to llorando sobre Jerusalem; él sea el modelo de vuestro patriotismo: volved la vista á Jesucristo muriendo en el Calvario; él sea el modelo de vuestra caridad. *He concluido.*—

*El Señor Prefecto declaró instalada la
Sociedad Católico-literaria.*

Los individuos que componen la Sociedad son los siguientes.—

José Maria Montero, presbítero, José Mariano Mendoza, presbítero, Francisco Ramon Saldaña, presbítero, Pedro de la Llosa, clérigo, Manuel Melchor Suazo, clérigo, Jaime Zamorano, Feliciano Herboso, Mariano Baptista, Macedonio Graz, José Maria Urdininea, Miguel S. Taborga, José Manuel Gutierrez, Juan Manuel Carreon, Manuel José Tóvar, Miguel Terrázazs Cabrera, Benito Maria Fúnes, Belisario Però, Rufino Nava, Andres Osorio.

Sucre Junio 30 de 1851.

